Cristianos laicos

Identidad
Misión
Espiritualidad

Identidad: ¿Quiénes somos? ¿Cristianos o laicos?
"Ahora sois Pueblo de Dios"
Para pensar y dialogar
La Carta a Diogneto

Misión:
¿Qué responsabilidad tenemos en el mundo?
"Sal de la tierra y luz del mundo"
Para pensar y dialogar
Al habla: un laico
Testimonio y Apostolado

Misión:
¿Qué responsabilidad tenemos en la Iglesia?
"Miembros del cuerpo de Cristo"
Para pensar y dialogar
El don recibido...
Comunión y misión tarea de todos

Espiritualidad: ¿Cómo vivimos?
"Vosotros sois una carta de Cristo"
Para pensar y dialogar
¿Si Dios quiere?
Vivir una espiritualidad laical

Edita: Servicio Diocesano del Laicado. Vitoria.

Maquetación: Natalia Fernández
Impresión: San Martín Impresión Digital

Bastantes **hombres y mujeres cristianos** se extrañarían de que se les identificase como **laicos,** y sin embargo lo son. Sencillamente no tienen una idea clara de lo que significa la palabra **laico**, ni conciencia viva de que ellos mismos forman parte del **laicado cristiano** que constituimos la gran mayoría del pueblo de Dios, la mayor parte de la Iglesia.

Con este pequeño folleto pretendemos ayudar a esas personas -y de paso a las demás- a tomar conciencia de su **identidad** laical, de la **misión** o responsabilidad que como tales nos corresponde en la sociedad y en la Iglesia y de la **espiritualidad** o forma de vivir que es propia del laicado cristiano. Con ese objetivo:

- Ofrecemos una información sencilla sobre cada uno de esos aspectos (identidad-misión-espiritualidad) del laicado, con el fin de facilitar la comprensión de las ideas fundamentales.
- Presentamos unos textos seleccionados de la Sagrada Escritura, para iluminar con la Palabra de Dios los contenidos desarrollados.
- Proponemos unas preguntas que invitan a profundizar sobre estas cuestiones mediante la reflexión personal o, si fuera posible, el diálogo en grupo con otras personas.
- Recogemos algunos testimonios que manifiestan cómo las ideas expuestas toman cuerpo y se hacen vida en la realidad concreta de hombres y mujeres que son conscientes de su identidad laical y actúan desde ella.
- Facilitamos la lectura de unos párrafos escogidos de documentos del magisterio de la Iglesia, que son especialmente significativos por sus referencias al laicado.

En el Servicio Diocesano del Laicado hemos preparado esta publicación para avivar entre los seglares, hombres y mujeres, la conciencia de ser y la responsabilidad de actuar en las diversas facetas de la vida como laicos cristianos.

IDENTIDAD ¿Quiénes somos?

¿Cristianos o laicos? ¿en qué quedamos?

La palabra **cristiano** identifica a quienes seguimos a Jesús de Nazaret como Cristo el Señor. Según nos informa el Libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 13, 26) los discípulos de Jesús recibieron por primera vez el nombre de cristianos en Antioquía, hacia el año 62. Con ese nombre empezaron a distinguirlos entonces de quienes profesaban la religión judía.

La palabra **laico** significa miembro del pueblo (en griego *laos*) e identifica a quienes forman parte del pueblo llano sin pertenecer ni a la aristocracia ni a las jerarquías sociales.

Desde el siglo II se utilizó en el cristianismo la palabra **laico** para designar a las personas de la Iglesia que constituimos el Pueblo de Dios y no formamos parte de la jerarquía sacerdotal o religiosa.

Desde hace algunos siglos, ya en la época moderna, se empezó a identificar como laico a todo aquello que es independiente de lo religioso, incluso en algunos casos opuesto o contrapuesto a lo religioso. De ahí se deriva desde entonces otro significado para la palabra laico. Pero en su acepción más antigua y original no hay ninguna oposición entre laico y cristiano.

Por lo tanto cristianos laicos somos la inmensa mayoría de los hombres y mujeres que constituimos la Iglesia. Las dos palabras juntas sirven para identificar en la Iglesia a esa mayoría de los cristianos que formamos parte del Pueblo de Dios.

Los cristianos laicos también son denominados en la Iglesia con el nombre de seglares, palabra que hace referencia a “siglo”, y expresa la inserción y el compromiso de vida de este amplio grupo de creyentes con las condiciones humanas y sociales propias del tiempo que les ha tocado vivir.

Laicos y laicas *ejercemos la misión de todo el pueblo cristiano*

El Concilio Vaticano II en la Constitución sobre la Iglesia dice: "*Por el nombre de laicos se entiende aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en estado religioso reconocido por la Iglesia, es decir, los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el Bautismo, constituidos en Pueblo de Dios y hechos participes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo*" (L.G.31)

Lo más importante para la Iglesia es la transformación del mundo o de la humanidad para impulsar el reinado de Dios. Esta misión es de todo el Pueblo de Dios, y en primer lugar - tanto cuantitativa como cualitativamente- del laicado.

Así lo expresó también el Concilio : "*La Iglesia no está verdaderamente constituida, ni vive plenamente, ni es representación perfecta de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje junto con la jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo del pueblo sin la presencia activa de los seglares.*"(AG 21)

Así pues, los laicos "*no sólo pertenecemos a la Iglesia, sino que somos la Iglesia*" junto con los ordenados y los religiosos

Los hombres y mujeres laicos, que por nuestro bautismo participamos de Jesucristo:

- **podemos relacionarnos directamente con Dios y poner al mundo en relación con Él** (*función sacerdotal*)
- **podemos anunciar la Buena Nueva y denunciar lo que se opone a ella en el mundo y en la Iglesia** (*función profética*)
- **podemos asumir nuestra propia responsabilidad en la construcción de la Iglesia y del mundo** (*función real*)

"Ahora sois Pueblo de Dios"

PODEMOS LEER en la primera carta de PEDRO

Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido en propiedad para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. **Los que antes no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios.**

Queridos, como a peregrinos y forasteros os exhorto a absteneros de los deseos sensuales, que hacen guerra al espíritu.

En medio de los no creyentes proceded honradamente, y así los que os difaman, al presenciar vuestras buenas obras, glorificarán a Dios el día de su venida.

(1Pe 2,9-12)

Para pensar y dialogar

- ¿Cómo describirías la vida de las personas cristianas en la actualidad?

  (Intenta hacerlo brevemente y de forma objetiva)

- ¿En qué se distingue hoy más claramente a los hombres y mujeres cristianos de quienes no lo son?

La Carta a Diogneto

es un escrito del siglo II, cuyo autor se desconoce, que trata de explicar con el lenguaje de aquel tiempo cómo viven los cristianos.

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad, esta doctrina no ha sido inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos; ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana; sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor peculiar de conducta admirable, y, por confesión de todos, sorprendente.

Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña.

Se casan como todos; como todos engendran hijos, pero no exponen los que les nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes...

Los judíos los combaten como a extranjeros; son perseguidos por los griegos y, sin embargo, los mismos que les aborrecen no saben decir el motivo de su odio.

Mas para decirlo brevemente, lo que es el alma al cuerpo, eso son los cristianos en el mundo.

MISIÓN ¿Qué responsabilidad tenemos?

Comprometidos activamente en el mundo

"Metidos en harina para fermentar la masa"

Los laicos somos personas que vivimos la vida normal en el mundo: estudiamos, trabajamos, entablamos relaciones de amistad, sociales, profesionales, culturales, etc. Nuestra *condición de vida* no es sólo un dato exterior o ambiental, no sólo una realidad sociológica, sino también una realidad teológica y eclesial. Dios nos manifiesta y nos llama a impulsar su proyecto en la situación actual del mundo; nos comunica la vocación particular de '*buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios*'[1].

El laicado estamos llamados particularmente a hacer presente y viva a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de nosotros. Estamos llamados por Dios, para que al igual que la levadura, contribuyamos desde dentro a la santificación del mundo y de este modo ayudar a descubrir a Cristo a los demás, ante todo con el testimonio de vida.

Para continuar la misión de Jesús en el mundo, anunciar y hacer presente el reino de Dios; para anunciar la Buena Noticia de Jesús, trabajar por la justicia, la liberación y la paz, como laicos tenemos la especial responsabilidad de evangelizar el mundo. "*El mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional… la familia, la educación, el trabajo profesional… para poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo."(EN 70)*

---

[1]Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 15.

Somos Iglesia en el mundo

Lo que hacemos en nuestra vida ordinaria en el mundo, no es solamente algo profano. No es algo secundario para nuestra existencia cristiana. Lo cotidiano no es el campo de acción o de prueba para nuestro compromiso contraído con la Iglesia. Nuestra vida en el mundo es cumplimiento de nuestra misión. Por esto tiene dignidad cristiana y valor espiritual. Así colaboramos con el plan de Dios que quiere la salvación y la liberación de este mundo. Esta tarea es fundamentalmente laical. Ahí tenemos una misión especial. Es la misión de realizar ya en este mundo el Reino de Dios.

• *Damos testimonio de vida*

El testimonio consiste en nuestra manera de vivir. Cada cual en las circunstancias personales, familiares, laborales... que le han tocado o que ha elegido, intentará vivir de forma que los valores del Evangelio se vayan encarnando en la realidad. Para ello hay que tomarse en serio la realidad y poner todo al servicio del más débil y del más pequeño.

Cómo trabajamos, cómo nos relacionamos con las demás personas, cómo educamos a nuestros hijos e hijas... todo esto es testimonio para los demás. A través de este testimonio se puede apreciar el valor de nuestra fe. El testimonio de vida es como una "*proclamación silenciosa*", el primer paso de la Evangelización.

• *Construimos todo tipo de relaciones*

En nuestra familia, en el vecindario, en el lugar de trabajo o estudio, o de diversión, en todos los ambientes donde vivimos, somos la Iglesia. Y toda nuestra vida, nuestras relaciones, nuestras actividades, nuestras conversaciones, son parte de nuestro compromiso cristiano. En las relaciones conyugales, educando nuestros hijos, colaborando con el vecindario, visitando personas enfermas y realizando muchas otras actividades cotidianas y "normales" estamos cumpliendo nuestro compromiso cristiano.

• *Ejercemos un trabajo*

También nuestro trabajo es parte de esta misión. Como laicos, cumplimos con nuestra misión de cristianos cuando ejercemos nuestro trabajo. Todas y todos, a través de nuestro trabajo ayudamos a mejorar el mundo, colaboramos con Dios, desarrollamos y completamos la "obra del Creador" No existe, por tanto, ningún trabajo verdaderamente humano que pueda ser despreciado.

• *Buscamos el bien común de la sociedad*

También la solidaridad, la participación y la organización de la vida social y política, son inherentes al compromiso cristiano. En ese esfuerzo por mejorar y transformar el mundo, es imprescindible el trabajo social y político que pone el acento en el reconocimiento de la igual dignidad de todas las personas, en el bien común y el reparto equitativo de los bienes, en el derecho a un trabajo digno, a la educación... de todos y todas por igual.

En la búsqueda de una sociedad más justa por la acción cívica y política, desde una actitud crítica y responsable, podemos transformar y mejorar este mundo.

• *Nuestra misión en el mundo es misión de la Iglesia*

Si trabajamos como cristianos en el mundo, estamos cumpliendo con nuestro compromiso como Iglesia. Con otras palabras, nuestra misión en el mundo es misión de la Iglesia.

Estamos colaborando en el plan de salvación y estamos construyendo Iglesia, cuando damos testimonio de vida, ejercemos nuestra profesión, convivimos en la familia, actuamos en la política, etc. Nuestra misión en la Iglesia no se limita al espacio físico de los templos o al ámbito de las comunidades cristianas, como tampoco la Iglesia se limita a ellos.

"Sal de la tierra y luz del mundo"

PODEMOS LEER en el Evangelio

Vosotros sois la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le devolverá su sabor? Sólo sirve para tirarla y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad construida sobre un monte. No se enciende un candil para taparlo con una vasija, sino que se pone en el candelero para que alumbre a todos en la casa. Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres, de modo que al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre del cielo.

(Mat 5,13-16)

...y en la primera carta de Pedro

Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os pida explicaciones. Pero, hacedlo con dulzura y respeto, como quien tiene limpia la conciencia. Así, quienes hablan mal de vuestro buen comportamiento como cristianos, se avergonzarán de sus calumnias.

(1 Pe 3,15-16)

Para pensar y dialogar

- ¿De qué forma participas tú en la construcción de un mundo más justo y solidario?
- ¿En qué ambientes te das a conocer como creyente ante los demás? ¿En cuáles te mantienes en el anonimato? ¿Por qué?

Al habla: un laico cristiano

Francesc Torralba, profesor y escritor, en su obra **'Jesucristo 2.0'** (Editorial Portic. Barcelona 2011) trata de mostrar, en primera persona, la legitimidad de la opción cristiana en un entorno cultural como el nuestro. En *Religión Digital* (3-X-2011) responde así a las preguntas de un periodista:

-No es habitual encontrar un laico de prestigio que no sólo no se avergüenza de proclamarse católico, sino que, además, "desnuda" su fe en público.

Afortunadamente vivimos en un entorno social y político caracterizado por la libertad de pensamiento, de expresión, de asociación y de creencias. Este hecho es una conquista histórica que muchos países todavía desconocen en la actualidad. Me parece fundamental que en este entorno podamos expresar legítimamente y razonadamente lo que creemos y por qué lo creemos, no con afán proselitista, sino con voluntad de dar a conocer la propia experiencia a los otros. Considero que la fe es esencialmente un acto libre, la respuesta interior a una llamada que transforma la propia vida, pero también tiene una dimensión pública, pues sólo de este modo se puede hacer visible.

¿Cuál es el Dios en el que no cree?

No creo en un dios hecho a imagen y semejanza del hombre, en un fetiche intelectual para resolver las horas de sufrimiento, en una instancia que puedo controlar y dominar desde mi racionalidad. No creo en un dios que genere culpabilidad y condene eternamente al que ha errado. El Dios en el que yo creo es una comunidad de personas en el amor, una Fuente eterna de perdón y de hospitalidad incondicional.

¿Con qué pasaje evangélico se identifica más?

La parábola del buen samaritano representa, según mi modo de ver, el resumen esencial de lo que significa ser cristiano en el mundo. El buen samaritano rompe con la indiferencia y responde a la llamada de un ser que necesita su ayuda. En él se condensan las grandes virtudes de la ética y el fundamento último de la bondad humana: la responsabilidad, la donación, la gratuidad, la sensibilidad, la universalidad y la discreción.

Si la fe es un don, ¿por qué Dios se la regala a unos y a otros, no?

La fe es una llamada, pero sólo es posible escuchar esta llamada si se practica el silencio. Dios llama, pero el ser humano tiene la libertad de responder a tal llamada o vivir al margen de ella. La crisis de vocación es, en

el fondo, una crisis de silencio. Mientras uno está ensordecido con sus propias voces, no puede escuchar la voz que se expresa en la interioridad. La fe es un don porque ha sido dada por Dios. No sabemos cuál es la lógica última de este don, ni cómo lo distribuye; pero sí sabemos que Dios ama incondicionalmente a todo ser humano y tiene para él una misión en el mundo.

Usted tiene hijos. ¿Cómo se las apaña para transmitirles la fe?

La transmisión de la fe es un proceso de una extraordinaria complejidad. De hecho, en sentido estricto, la fe no se transmite como se transmite la lengua materna o un contenido cultural o social. La fe es un acto libre, un don y una respuesta libre. Se puede dar a conocer la propia tradición religiosa, se pueden enseñar un conjunto de rituales, incluso textos y modos de conducta, pero la fe no se puede transmitir. Lo que sí podemos hacer es crear las condiciones más idóneas para que tenga lugar el encuentro entre Dios y el hombre, para que el maestro interior sea escuchado. El maestro exterior puede preparar ese encuentro, pero no sustituirlo. Como dice Benedicto XVI en Deus caritas est (2006), la fe nace de una relación interpersonal, de un encuentro. Los padres podemos velar para que ese encuentro tenga lugar, pero no podemos garantizarlo.

¿Qué hacer para que la Iglesia, como institución, recupere la confianza, la credibilidad y la imagen social perdidas?

Es esencial proponer el mensaje de un modo libre y mostrando lo más esencial y genuino del cristianismo. La credibilidad se gana desde la coherencia y la fidelidad a las propias convicciones. Creo que cuando los ciudadanos perciben estos valores, son capaces de reconocer el valor y la grandeza de la iglesia. Sin embargo, muy habitualmente determinados medios de comunicación de masas sólo presentan las debilidades, las contradicciones y las oscuridades de la iglesia, de tal modo, que su aportación en el mundo de la salud, de la cultura, de la educación o de lo social, es ignorada o simplemente ocultada. El laicado tiene que ser más visible y debe desarrollar funciones de responsabilidad para que tal opción se pueda leer como una opción para todos los ciudadanos, independientemente de sus oficios o ubicación en el mundo.

¿La espiritualidad puede unirnos por encima de credos y filosofías?

Existe una espiritualidad que es cultivada y desarrollada en el seno de las religiones tradicionales, pero también existe una espiritualidad, denominada laica. La espiritualidad no es patrimonio de ninguna religión. Puede ser un lugar de encuentro entre personas y colectivos que participan de credos y de comunidades de fe muy distintas, pero ello sólo es posible si somos capaces de captar que lo que nos une es más que lo que nos separa, que participamos de una misma esencia y que estamos embarcados en un mismo mundo.

Testimonio y apostolado

Importancia del testimonio

"El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio"

(Pablo VI , 2 de octubre de 1974)

"Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. Hay en ello un gesto inicial de evangelización. Son posiblemente las primeras preguntas que se plantearán muchos no cristianos, bien se trate de personas a las que Cristo no había sido nunca anunciado, de bautizados no practicantes, de gentes que viven en una sociedad cristiana pero según principios no cristianos, bien se trate de gentes que buscan, no sin sufrimiento, algo o a Alguien que ellos adivinan pero sin poder darle un nombre. Surgirán otros interrogantes, más profundos y más comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad y que es un elemento esencial, en general al primero absolutamente en la evangelización.

Todos los cristianos están llamados a este testimonio y, en este sentido, pueden ser verdaderos evangelizadores."

(Evangelii nuntiandi 21)

Apostolado personal

«El apostolado que cada uno debe realizar, que fluye con abundancia de una vida auténticamente cristiana, es la forma primordial de todo el apostolado de los laicos, incluso del asociado, y nada puede sustituirlo. A este apostolado, en ciertas circunstancias el único posible, están llamados todos los laicos, cualquiera que sea su condición, aunque no tengan ocasión de colaborar en las asociaciones».

En el apostolado personal existen grandes riquezas que han de ser descubiertas, para intensificar el dinamismo misionero de cada uno de los laicos. A través de esta forma de apostolado, la irradiación del Evangelio puede hacerse *capilar*, llegando a lugares y ambientes ligados a la vida cotidiana y concreta de los laicos. Se trata de una irradiación *constante,* inseparable de la coherencia de la vida personal con la fe; y particularmente *incisiva*, ya que los fieles laicos, al compartir las condiciones de vida y de trabajo, las dificultades y esperanzas de sus hermanos, pueden llegar al corazón de sus vecinos, amigos o colegas, abriéndolo al sentido pleno de la existencia humana: la comunión con Dios y entre los hombres.

(Cfr. Christifideles laici 28)

MISIÓN ¿Qué responsabilidad tenemos?

Comprometidos activamente en la vida de la Iglesia

El carácter secular, el compromiso de hacer presente el Evangelio en medio del mundo, propio y peculiar de los laicos no nos impide ser activos en el interior de la Iglesia, asumir en ella diversas tareas y responsabilidades. Pero el compromiso intraeclesial de los laicos marca con un sello propio las actividades que ejercemos en la Iglesia de modo que estas sean siempre al mismo tiempo expresión de nuestra condición secular, que penetra todas las dimensiones de nuestra vocación y misión. La participación activa de los laicos dentro de las comunidades de la Iglesia es tan necesaria que -como reconoce el Concilio- "*sin ella el mismo apostolado de los pastores muchas veces no puede conseguir plenamente su efecto.*" (AA10)

Cada miembro del Pueblo de Dios está animado a su modo por el Espíritu que hace de él un signo e instrumento vivo al servicio del Evangelio. A partir de él, cada hombre o mujer con sus condiciones y carismas peculiares, contribuye a su manera a la evangelización, a la edificación de la Iglesia y al bien de toda la humanidad. Por eso "*los seglares también pueden sentirse o ser llamados a colaborar con sus pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de esta, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles.*" (EN 73)

• *En el servicio de la Palabra*

Todos los miembros del Pueblo de Dios estamos llamados de muchas maneras a anunciar la Palabra, comunicar el Evangelio, denunciar situaciones injustas,...

Con demasiada frecuencia experimentamos la gran dificultad que supone acertar a expresar nuestra experiencia de fe y compromiso cristiano, nuestras convicciones religiosas en un lenguaje claro y sencillo adecuado a la cultura actual. Es tarea nuestra, del Pueblo de Dios, escuchar, discernir e interpretar con la ayuda

del Espíritu, los diferentes lenguajes de nuestro tiempo para que el mensaje de la Palabra divina, pueda ser mejor comprendido y expresado más adecuadamente.

En las comunidades cristianas es preciso crear espacios de acogida para ayudar y acompañar en su itinerario de búsqueda a quienes se interesan por la fe. Los laicos estamos llamados a tomar parte en esta labor de atención individualizada, de encuentros en pequeños grupo, que requiere un acompañamiento personalizado.

"En relación con la nuevas generaciones, los fieles laicos deben ofrecer una preciosa contribución, más necesaria que nunca, con una sistemática labor de catequesis." (ChL34) Nuestra misión consiste en saber llevar la vida a la catequesis, atendiendo las situaciones y circunstancias personales de aquellos a quienes ofrecemos un servicio en nombre de la comunidad cristiana.

• *En la acción litúrgica*

Los laicos hemos de tomar una conciencia más viva de las tareas que nos corresponden tanto en el desarrollo de la celebración litúrgica como en su preparación. *"En efecto, la celebración litúrgica es una acción sagrada no sólo del clero, sino de toda la asamblea. Por tanto, es natural que las tareas no propias de los ministros ordenados sean desempeñadas por los fieles laicos." (ChL23)*

Los laicos, hombres y mujeres, no solo están llamados a tomar parte activa en la celebración litúrgica en tareas y servicios concretos como monitores, lectores, cantores o participando en la ambientación del espacio celebrativo. Además deben implicarse también, junto con los presbíteros que presiden la celebración, en la preparación de la misma. En la acción litúrgica es preciso lograr una mayor cercanía de la celebración a la vida o de la vida a la celebración, mediante una participación más activa y creativa de todos y todas, atendiendo a la diversidad de niveles de fe de quienes toman parte en la misma.

También los laicos pueden promover y animar en las comunidades encuentros de oración y celebraciones para compartir la escucha de la Palabra de Dios. Desde su condición secular están especialmente capacitados para relacionar esos momentos de diálogo con Dios con las experiencias y compromisos de la vida cotidiana familiar, profesional, social,...

• *En el servicio de la caridad*

La caridad es el principio que anima la participación del laicado en la vida pública (*cuestión desarrollada anteriormente)* y su compromiso transformador de la sociedad haciendo presentes y activos en ella los valores del Reino. En esa participación se coordinan el impulso de la caridad con la búsqueda de la justicia como servicio al mundo. La caridad que ama y sirve a la persona no puede jamás ser separada de la justicia: una y otra, cada una a su modo exigen el efectivo reconocimiento pleno de los derechos de la persona.

La caridad procura hacer realidad de modo efectivo la opción preferencial por los pobres promoviendo la dignidad personal y la inclusión social de los hombres y mujeres atrapados en las nuevas formas de pobreza y exclusión. En cuanto servicio prioritario a los pobres, se hace más necesaria, cuando las instituciones, cada vez más complejas en su organización, terminan invadidas por el funcionalismo impersonal, por la exagerada burocracia… por encogerse de hombros en una situación que va generando nuevas formas de pobreza y exclusión social. Precisamente en ese contexto surgen *distintas formas de voluntariado*, comprometidas en diversas tareas, que se nos presentan al laicado como nuevas oportunidades de servir.

Las comunidades cristianas están llamadas a usar con austeridad, gestionar con responsabilidad y compartir con generosidad los bienes económicos que poseen. Nadie mejor que los laicos o laicas competentes en esta materia podrán ejercer el servicio de administrar esos bienes y formar parte de los Consejos de asuntos económicos de las comunidades.

- ***En la organización viva de la comunidad***

En las circunstancias sociales concretas en que están insertas nuestras comunidades, tiene un relieve especial el reto de hacer de ellas auténticos espacios de encuentro, de integración, de comunicación y dialogo sin exclusiones, que las conviertan en signo e instrumento de comunión y reconciliación social.

Para recrear las comunidades cristianas como espacios de encuentro, comunicación y relación interpersonal desde el pluralismo, que sean signo y germen de una humanidad reconciliada fraternalmente, es fundamental tener presente la afirmación del Concilio:*"los laicos tienen el derecho, más aún, a veces el deber, de exponer su parecer acerca de los asuntos concernientes al bien de la Iglesia".*

Y en la Exhortación Christifideles laici (27) *"respecto al examen y solución de los problemas pastorales con la colaboración de todos"* se señala que *"debe encontrar un desarrollo adecuado y estructurado en los Consejos pastorales parroquiales"*, la mayoría de cuyos miembros han de ser laicos.

Para la creación y edificación de una comunidad viva, de un pueblo de Dios corresponsable, de una Iglesia en diálogo con la nueva cultura… *"En las circunstancias actuales, los fieles laicos pueden y deben prestar una gran ayuda al crecimiento de una auténtica comunión eclesial en sus respectivas parroquias y en el dar nueva vida al afán misionero dirigido hacia los no creyentes y hacia los mismos creyentes que han abandonado o limitado la práctica de la vida cristiana" (ChL27)*

"Miembros del cuerpo de Cristo"

PODEMOS LEER en la primera carta de Pablo a los cristianos de Corinto

Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de actividades, pero uno mismo es el Dios que activa todas las cosas en todos. A cada cual se le concede la manifestación del Espíritu para el bien de todos.

Vosotros formáis el cuerpo de Cristo y cada uno por su parte es un miembro. Y Dios ha asignado a cada uno un puesto en la Iglesia...

(1 Cor 12, 4-7. 27-28)

Para pensar y dialogar

- ¿Con quienes compartes tu experiencia como creyente?
- ¿Cómo participas en la vida y la misión de la comunidad cristiana?
- ¿Qué oportunidades y qué dificultades encuentras para una participación más activa?

El don recibido...

"Dibujar es un don de Dios que me ayuda a expresarme"

Patxi Velasco **Fano**, natural de Asturias y residente en Málaga, está casado y es padre de una hija y un hijo. Se dedica a la enseñanza, estudió magisterio y psicología, y es jefe de estudios en el Colegio de un barrio, donde además es catequista y voluntario de Caritas. Pertenece a una comunidad cristiana de la Parroquia Santa María de la Amargura.

Se expresa con agudeza en los dibujos que semanalmente aparecen en la página web de la Diócesis de Málaga (www.diocesismalaga.es). También colabora con ellos en muchos otros lugares.

Dice sencillamente: *Creo que tiene más valor el significado de mis dibujos, que el dibujo en sí. Nacen de la oración. Forman parte de un proceso de oración personal. Me siento co-autor, porque sé que esto es un don de Dios.*

Por eso, a quien solicita autorización para utilizar sus dibujos le responde:

"Cuenta con lo que necesites. Aunque los dibujos pasan por mis manos, son cosa de Dios y los compartimos gratuitamente, "demos gratis lo que gratis recibimos".

Estos dibujos y algunos otros de esta publicación son obra suya:

El don recibido...

Ixcis es **un grupo de hombres y mujeres,** que trabajan en distintas profesiones y pertenecen a diversos grupos de referencia cristianos.

Juntos difunden el mensaje evangélico por medio de sus canciones y otras producciones en conciertos en directo; también en Cds y por Internet, donde en su página web (ixcis.org) advierten: ***Todo el material de esta web tiene permitida su libre difusión para que llegue gratis lo que pertenece a todos.***

Suya es esta canción:

Sueño una iglesia

Sueño una Iglesia
que reparte sus riquezas,
en la alforja el Evangelio
y nada más, y nada más.

Sueño una Iglesia
que a la historia se acerca
descalza sin equipajes
para andar en libertad, en libertad.

Sueño, sueño que es verdad,
que llegará.

Sueño una Iglesia
que abandona su grandeza,
como sierva que se encarna
entre los pobres de cada lugar.

Sueño una Iglesia
donde el número no cuenta
y aunque sea minoría,
no importará
si está forjando una nueva humanidad.

Sueño, sueño que es verdad,
que llega ya.
Sueño, sueño que es verdad.

Comunión y misión son responsabilidad de todos

Así lo podemos leer en la exhortación apostólica **Christifideles laici:**

El laico «no puede jamás cerrarse sobre sí mismo, aislándose espiritualmente de la comunidad; sino que debe vivir en un continuo intercambio con los demás, con un vivo sentido de fraternidad, en el gozo de una igual dignidad y en el empeño por hacer fructificar, junto con los demás, el inmenso tesoro recibido en herencia. El Espíritu del Señor le confiere, como también a los demás, múltiples carismas; le invita a tomar parte en diferentes ministerios y encargos; le recuerda, como también recuerda a los otros en relación con él, que todo aquello que le distingue *no significa una mayor dignidad,* sino *una especial y complementaria habilitación al servicio* (...). De esta manera, los carismas, los ministerios, los encargos y los servicios del fiel laico existen en la comunión y para la comunión. Son riquezas que se complementan entre sí en favor de todos, bajo la guía prudente de los Pastores» (Ch.L. 20)

La misión de la Iglesia es llevada a cabo no sólo por los ministros en virtud del sacramento del Orden, sino también por todos los fieles laicos. En efecto, éstos, en virtud de su condición bautismal y de su específica vocación, participan en el oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo, cada uno en su propia medida.

Los pastores, por tanto, han de reconocer y promover los ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, que tienen su *fundamento sacramental en el Bautismo y en la Confirmación,* y para muchos de ellos, además en el *Matrimonio.*

Los diversos ministerios, oficios y funciones que los fieles laicos pueden desempeñar legítimamente en la liturgia, en la transmisión de la fe y en las estructuras pastorales de la Iglesia, deberán ser ejercitados *en conformidad con su específica vocación laical,* distinta de aquélla de los sagrados ministros. (Ch.L. 23)

Para que las parroquias sean verdaderamente comunidades cristianas, se deben favorecer: la adaptación de las estructuras parroquiales promoviendo la participación de los laicos en las responsabilidades pastorales; y las pequeñas comunidades eclesiales de base, comunidades vivas, donde los fieles pueden comunicarse mutuamente la Palabra de Dios y manifestarse en el servicio y en el amor; recíprocos. Estas comunidades son verdadera expresión de la comunión eclesial y centros de evangelización, en comunión con sus Pastores» (Ch.L. 26)

Los laicos deben estar cada vez más convencidos del particular significado que asume el compromiso apostólico en su parroquia. Es el Concilio quien lo pone de relieve: «La parroquia ofrece un ejemplo luminoso de apostolado comunitario, fundiendo en la unidad todas las diferencias humanas que allí se dan e insertándolas en la universalidad de la Iglesia. Los laicos han de habituarse a trabajar en la parroquia en íntima unión con sus sacerdotes, a exponer a la comunidad eclesial sus problemas y los del mundo y las cuestiones que se refieren a la salvación de los hombres, para que sean examinados y resueltos con la colaboración de todos; a dar, según sus propias posibilidades, su personal contribución en las iniciativas apostólicas y misioneras de su propia familia eclesiástica».

Es absolutamente necesario que cada laico tenga siempre una viva conciencia de ser 'un miembro de la Iglesia', a quien se le ha confiado una tarea original, insustituible e indelegable, que debe llevar a cabo para el bien de todos.(Ch.L.28)

ESPIRITUALIDAD ¿Cómo vivimos?

Sin llevar una doble vida

«No puede haber dos vida paralelas: por una parte, la denominada "vida espiritual", con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada "vida secular", es decir la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura". (Ch.L. 59)

La participación como laicos o laicas en la vida de la comunidad eclesial y nuestra acción evangelizadora en la sociedad civil no son responsabilidades paralelas y acciones separables ni contrapuestas. Por ello nuestra espiritualidad laical: debe contribuir a la unidad de nuestra vida, ayudarnos a vivir en el mundo una vida según el Espíritu.

¿Qué es espiritualidad? La espiritualidad no es un tiempo dedicado a rezar, meditar o a otras prácticas piadosas. Tampoco es un conjunto de pensamientos elevados o un bloque de verdades que profesamos. Ni es un aspecto o parte de la vida humana, que pueda ser separado del conjunto.

Espiritualidad significa vivir según el Espíritu. Es la tensión, vivida día a día, de que el *"espíritu"* que nos impulsa, motiva y guía en toda nuestra vida sea el Espíritu de Jesús y no cualquier otro espíritu, como podría ser el propio interés o la adhesión a una ideología.

El Espíritu de Jesús no puede ser confundido con una ideología (un modo de situarse ante la vida y de explicarla), ni tan siquiera con una opción (por muy generosa y comprometida que ésta sea, por ejemplo, la opción por los pobres). El Espíritu de Jesús es "Alguien", no algo, que nos conduce al encuentro con el Padre. Y éste no es un encuentro cualquiera. Guiados por el Espíritu, el mismo que condujo la experiencia vital de Jesús de Nazaret, somos capaces de encontrarnos con Dios Padre como único absoluto de nuestra vida.

El Espíritu suscita en todos el seguimiento de Jesucristo, pero cada uno según Dios le da a entender. A los laicos el Espíritu nos lleva a implicarnos especialmente en las cosas y en las actividades de este mundo. Hemos

de continuar en el mundo, aunque no para vivir atados a sus obsesiones, sino para intentar ser libres en un contexto marcado por adicciones, equívocos y egoísmos. Esto justamente es lo que hace el Espíritu que Jesús nos prometió: "*no te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del mal.*" (Jn 17,15).

Todas las actividades, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario y el descanso, las oraciones y tareas apostólicas, cuando se viven y realizan en el Espíritu se convierten como fruto de una viva espiritualidad laical en ofrenda agradable a Dios.

Rasgos de la espiritualidad laical

Como ciudadanos y ciudadanas del mundo el laicado estamos necesariamente implicados en las responsabilidades de la sociedad humana que nos ha tocado vivir. No se trata sólo de un imperativo moral, es sobre todo una forma natural de vivir en el Espíritu. El hecho de ser ciudadanos del mundo que creen y esperan en nuestro Señor Jesucristo nos empuja a extender el campo de nuestra responsabilidad en la construcción de la sociedad humana.

Es el mismo Espíritu Santo quien sacude la pereza, que tantas veces se disfraza de una mal entendida espiritualidad que inhibe a tantas personas cristianas de asumir una tarea ardua como es la que nos corresponde en el compromiso transformador del mundo.

No hay que olvidar que la Iglesia como cuerpo visible de Cristo está en el mundo, de un modo especial, gracias al laicado. Vivimos con cierta naturalidad la misión de la Iglesia: vivir volcada hacia el mundo para anunciarle la gozosa esperanza del Reino de Dios.

Para enraizar toda la vida en el Espíritu, es preciso conceder un lugar importante a la escucha de la Palabra y la oración. Con su ayuda podremos discernir y asumir el camino que Jesús nos propone para seguirle, aunque a veces no sea fácil de ver o entender.

Volcarse sobre el mundo haciendo presente en él a la Iglesia, como misión propia de laicado, reclama una vitalidad espiritual que marca particularmente con ciertos rasgos la personalidad cristiana de los hombres y mujeres laicos. Entre esos rasgos destacamos los siguientes:

• *Vivir el Misterio de la Encarnación.*

La espiritualidad de los laicos reclama que la "vida en el Espíritu" se exprese sobre todo por nuestra manera de estar en el mundo y de participar en la vida de la sociedad. Esa presencia significa cercanía y encarnación, cargada de simpatía y de esperanza; requiere superar la desconfianza o la sospecha hacia el mundo actual.

- ***Dejarse llevar por el Espíritu de Dios.***

La aceptación confiada del impulso del Espíritu ayuda a reconocer al Señor Jesús y a "*discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios*", Debemos examinarlo todo para quedarnos con lo realmente valioso.

- ***Asociados, en fraternidad cristiana.***

El mismo Jesús empezó enviando a sus discípulos "de dos en dos" y aseguró su presencia en medio de aquellos que se reunieran en su nombre.

El laicado cristiano en cualquier tiempo y lugar, y especialmente en nuestros días, necesita el apoyo de una comunidad, asociación o grupo de referencia, en que compartir la fe, celebrar la caridad y convivir la esperanza; pequeñas comunidades abiertas e insertas en la Iglesia y en el mundo.

- ***Como miembro de una Iglesia profética y servidora.***

Ser y sentirse Iglesia viviendo la profundidad de su misterio conduce a participar en ella con sentimientos de pertenencia gozosa y acogedora, como una experiencia de fraternidad, de protagonismo y de encuentro con el Padre. Esta experiencia es indispensable para quien se siente lanzado a vivir de la fe en la intemperie del mundo, particularmente en medio de la cultura actual pluralista y secularizada. Además, reclama la cooperación para construir la Iglesia, junto con el ministerio pastoral y la vida consagrada, como un verdadero *hogar* en el que se generan auténticos gestos proféticos y samaritanos al servicio del Reino.

- ***Incorporar a la propia vida la dinámica del Misterio Pascual***

El Misterio Pascual prolonga en los cristianos la muerte y resurrección del Señor Jesús, y nos capacita para entregarnos en el surco de la vida diaria con la esperanza de fecundidad que encierra el grano de trigo, que "*si muere da mucho fruto*" (Jn 12,24).

"Vosotros sois una carta de Cristo"

Pablo escribe así a los cristianos de Corinto

"Vosotros sois una carta de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en vuestros corazones."

(2 Cor 3,4)

Para pensar y dialogar

- ¿Qué significa concretamente para ti seguir a Jesucristo?
- ¿Qué lugar ocupa la oración en tu vida? y ¿qué lugar ocupa la vida en tu oración?
- ¿Cómo?¿dónde?¿cuándo lees o escuchas la Palabra de Dios? ¿Qué te aporta esa lectura?
- ¿En qué situaciones o experiencias de la vida percibes mejor la presencia cercana de Dios? ¿En cuáles te es especialmente difícil? ¿Por qué?
- Cuando te acercas a Dios ¿cómo percibes a los demás? ¿más lejos o más cerca de ti? ¿Por qué?

  Y cuando te acercas a los demás ¿cómo percibes a Dios? ¿más cerca o más lejos? ¿Por qué?

¿Si Dios quiere?

¿Cuántas veces esperamos de Dios o le atribuimos cosas en las que no interviene? Habrá que acostumbrarse a reconocer que Dios no interviene en ciertas cosas que más bien son de nuestra competencia.

No debemos esperar a que Dios nos resuelva los problemas. Somos nosotros los que tenemos que volver la mirada al mundo, a las urgencias de las personas, a los dramas de cada día. Y esa inmersión en la realidad es necesaria para que la Palabra de Dios, acogida en la oración, no se diluya por ahí; para que la solidaridad con los demás se acreciente en nosotros. Claro que, no basta con rezar por la paz si nuestros corazones siguen "armados". Ni servirá de nada pedir a Dios que surjan vocaciones, si estamos inmersos en una cultura individualista, incapaz de renuncias.

No se trata de pedir a gritos a Dios por los males del mundo, sino de que esa oración nos conduzca a compromisos de renovación de criterios, de revisión de nuestra escala de valores, de adopción de comportamientos encaminados a la solución eficaz de los problemas.

Dios está a nuestro lado. O más exacto todavía, está en el interior (aunque éste se encuentre influido por las mediaciones culturales, sociales, políticas o de cualquier orden, en las que se realiza la vida), y quiere que cambien algunas de nuestras actitudes. Su gracia nos impulsa a vivir de forma nueva.

Pero no olvidemos que confiar en Dios no es sinónimo de vida fácil, ni el Evangelio identifica "salvación" con la supresión del mal. Pero el don de la fe nos ayuda a estar alegres a pesar del dolor. Nadie va a evitar que las cosas sucedan, pero sí podemos elegir la forma de vivirlas.

No debemos esperar en un Dios "resuelvelotodo", que no nos deje ni elegir entre lo bueno y lo malo. Esperemos en el Dios que nos ama, que nos quiere felices. En el Dios que nos da fuerza para superar las dificultades

y nos ayuda a vivir el dolor con esperanza. Él no nos da una receta mágica para evitar las "tempestades" , pero sí nos ha prometido la fuerza para superarlas si se lo pedimos. La confianza en Dios es la mejor garantía contra las dificultades de la vida. Como reza esta oración, pidamos al Señor:

Serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar.
Valor y empuje para cambiar las que sí puedo cambiar.
Sabiduría para discernir entre lo que puedo y lo que no puedo.

Mª Isabel M.

Soy ojo, pero no puedo andar;
soy mano, pero no puedo ver;
soy razón, pero no sé sentir.
Corazón que sabe, que aún amando,
soy nada, nada sin ti

Como miembro, necesito de ti;
que me tomes donde pueda servir.
Solo en mí siento debilidad,
mas contigo sueño, que la Tierra,
Nueva, pronto será.

Vicente Morales – *Brotes de Olivo*
(Yo digo Iglesia, tu dices... pag 87. Ediciones KHAF. Madrid 2011)

Vivir una espiritualidad laical

En la Carta Pastoral EL LAICADO, IDENTIDAD CRISTIANA Y MISIÓN ECLESIAL podemos leer:

La espiritualidad laical está marcada por la radicalidad evangélica del seguimiento de Jesús. No es menos exigente que otras formas de vida cristiana. Los valores evangélicos son comunes a las diversas formas de vida cristiana. También la persona laica está llamada a vivirlos en las circunstancias propias de su vida secular. Todo creyente ha de plantearse sus relaciones personales y sociales a la luz del Evangelio, ha de usar de los bienes materiales atendiendo al espíritu de las bienaventuranzas, poniéndolos al servicio de los pobres, y, a la hora de disponer de sí mismo, de su tiempo y de sus facultades, ha de ser fiel al plan de Dios.

En esa perspectiva de radicalidad evangélica adquieren su pleno sentido cristiano virtudes como la solidaridad con los más pobres, la misericordia con los que sufren, la capacidad de compasión y de perdón, la libertad ante el poder, la honestidad ante el dinero y en las relaciones personales, el desprendimiento y el servicio sin afán de dominio, la lucha incansable en favor de la justicia, la esperanza y la fortaleza de espíritu ante situaciones adversas, la disposición a cargar con la cruz propia y a compartir la de los demás.

Un elemento central de la espiritualidad laical es la familiaridad con la Palabra de Dios y la oración personal. La mujer y el hombre laicos han de acceder a la Palabra de Dios mediante una lectura personal y habitual de la Sagrada Escritura. A través del contacto frecuente con la Palabra de Dios, el creyente irá percibiendo que la verdad de Dios se transmite por un texto históricamente condicionado, pero de valor permanente, que ha de ser comprendido y aplicado en la realidad del momento presente.

Junto con el acceso directo a la Palabra de Dios escrita, la mujer y hombre laicos han de capacitarse para leer en los acontecimientos y situaciones personales y sociales el libro de la vida y descubrir así, especialmente por medio de los «signos de los tiempos», una nueva manera de escuchar la palabra que Dios les dirige,. La presencia del cristiano en el mundo no consiste solamente en una colaboración humana para hacer que la sociedad sea más justa. Ha de ser también medio de encuentro con el Señor, lugar de contemplación de Dios, que hace avanzar su Reino en la historia. Ahí radica la posibilidad de hacer una lectura creyente de la realidad, de descubrir, en los claroscuros del presente, las «semillas del Reino de Dios» y de orar, en fin, desde el corazón de la realidad secular.